

LA PRIMERA MUJER MEDICO

Por D. Irish

ISABEL entró silenciosa y alegremente por la puerta del frente, con los patines para hielo colgados del hombro. Tenía el rostro sonrosado por el frío, y su cabello rubio caía suavemente por debajo del bonete de lana.

-Estoy mejorando, mamá -dijo al colocar cuidadosamente sus botas sobre un papel detrás de la puerta-. Practicaré y practicaré hasta que pueda patinar perfectamente.

-Estoy orgullosa de ti, querida -la animó su madre colocando la lámpara sobre la mesa-. Pronto podrás patinar tan bien como andas a caballo y caminas. Le conté a la Sra. Spooner cuántos kilómetros caminaste el otro día y ella casi no podía creerlo. No hay muchas personas que pueden caminar treinta kilómetros en un día. Pero me alegro de que tengas la determinación de hacer las cosas tan bien. Eres una niña sana y yo sé que tu buena salud te ayuda en tus estudios.

Isabel se arregló las muchas enaguas y la falda de lana al sentarse en la silla frente al hogar. Mientras se calentaba los pies miraba las llamas.

-Qué lástima que personas como la Sra. Spooner tengan que estar siempre en cama, sabiendo que nunca podrán levantarse. ¿Ella va a morir, mamá?

-Temo que sí, querida. Estas últimas semanas ha empeorado mucho.

-Debiera ir a verla -murmuró la niña.

Al día siguiente mientras Isabel estaba sentada junto al lecho de la Sra. Spooner, conversó bondadosa y cortésmente con la mujer enferma. De pronto la Sra. Spooner la miró ansiosamente en el rostro y se puso muy seria.

-Isabel, ¿por qué no estudias medicina? A ti te gusta estudiar y no tienes miedo al trabajo duro. Yo sé que si no hubiera sido tan tímida para ir a ver a un médico, hubiera podido recibir tratamiento cuando comenzó mi enfermedad, y probablemente no estaría sufriendo como lo estoy ahora.

-¡Oh, pero, Sra. Spooner! -se rió Isabel-. Para ser médico se necesitan personas inteligentes, y yo nunca puedo lograr lo que quisiera en mis estudios. Además, ¿quién oyó hablar jamás de una mujer médico? Ud. sabe cómo la gente desprecia a las enfermeras. Las mujeres decentes no hacen esa clase de trabajo.

Con eso, Isabel pensó dar por terminado el asunto. Pero esa tarde, cuando volvió a su casa, el asunto seguía dando vueltas en su mente. Era verdad que una mujer que trabajaba como enfermera en esos días se la consideraba una persona muy ordinaria. Pero, ¿por qué? ¿Por qué el estudio y el tratamiento del cuerpo humano no debieran convenirse en un trabajo hermoso y sagrado? No obstante, Isabel se dio cuenta que no le llamaba la atención llegar a ser médico; la verdad era que más bien le repugnaba la idea. Pero se dio cuenta también de que el mundo necesitaba doctores que no solamente fueran hábiles, sino amables y comprensivos como sólo las mujeres pueden serlo.

¿Acaso no la habían animado sus padres a aprender más que el término medio de las niñas de su ciudad? Otras niñas tenían que aprender a coser y a actuar en sociedad y eso era todo. Pero se esperaba que Isabel estudiara matemáticas y metafísica y que llegara a ser una deportista hábil, tal como sus hermanos.



Johannes Meckert

Sí, la Sra. Spooner tiene razón, pensó. Debiera haber mujeres doctoras. Quizás no llegue a ser sobresaliente, pero si lo intento, puedo llegar a ser médico. Y cuanto más pensaba en el asunto, tanto más le gustaba.

Pero su entusiasmo decayó cuando unas pocas semanas más tarde, estando sentada sola en el cuarto de huéspedes de la casa de una amiga, pensaba fatigada en el viaje de diez chías que acababa de realizar con sus hermanos en el carruaje de la familia, desde el Estado de Ohio hasta el de Carolina del Norte. En su viaje habían atravesado llanuras, montañas y ríos torrentosos para llegar a ese lugar, con el fin de que ella pudiera enseñar música y ganar suficiente dinero para estudiar medicina. Sentía nostalgia. La idea de llegar a ser médico quizás no era tan buena, después de todo.

Mientras estaba allí sentada, mirando por la ventana, se sintió cansada y desanimada, y lo que más anhelaba era regresar con sus hermanos, que partirían al día siguiente.

"Quizás no puedo hacerlo. Tal vez es demasiado. Quiero regresar a casa". Pensó acongojada, y se puso a llorar. "¡Te ruego, querido Dios, que me ayudes a saber lo que debo hacer!"

Más tarde escribió en su diario:

"Entonces repentinamente llegó una respuesta... Una luz brillante de paz y esperanza llenó instantáneamente mi alma. . . El terror huyó, volví a sentirme gozosa; tuve la profunda convicción de que mi vida había sido aceptada, que recibiría ayuda y dirección. Una paz que me aseguró que el rumbo que había tomado era el correcto, se posesionó de mi mente, y en los años subsiguientes nunca me abandonó".

De manera que se quedó y se enterró en el trabajo. Daba lecciones de música y ahorraba cada centavo que podía. Estudiaba todos los libros de medicina que podía conseguir prestados, y cada mañana durante dos horas antes del desayuno, estudiaba griego.

Cuando tuvo suficiente dinero ahorrado, fue a la Escuela de Anatomía de Filadelfia, donde aprendió las diferentes partes del organismo y su uso. Aun cuando a veces se enfermaba cuando le ponían delante un brazo o una pierna, apretaba los dientes y se obligaba a seguir. Terminó el curso con todo éxito. Ahora tendría que ir a una escuela de medicina.

Para entrar en la Escuela de Anatomía no había tenido ningún problema, pero su suerte cambió cuando comenzó a escribir cartas para solicitar su admisión a un colegio de medicina. Escribió a la universidad de la ciudad de Nueva York, al Colegio de Médicos y Cirujanos de Nueva York, al Colegio de Medicina Jefferson, a Harvard, Yale, Albany, Vermont, pero todos la rechazaron. ¿Quién había oído hablar jamás de una mujer médico?

Un día una amiga le sugirió:

-Isabel, ¿por qué no te vistes como un hombre? Entonces te aceptarán.

Isabel la miró y se rió.

-No seré tan necia. De cualquier manera llegarían a descubrirlo, y entonces no tendría ninguna oportunidad.

Durante meses y meses Isabel siguió procurando hallar una universidad que la aceptara. Cada vez que recibía una negativa suspiraba y se sentaba a escribir otra carta a alguna otra escuela. Entonces un día en que abrió cuidadosamente la respuesta de su vigésima novena solicitud, se sintió sorprendida y deleitada. "¡Miren! ¡Me quieren, me quieren!"

Pero Isabel no sabría durante mucho tiempo por qué se la había aceptado en la Universidad de Geneva del Estado de Nueva York.

Cuando los profesores recibieron la solicitud de Isabel, la pusieron a votación de los alumnos, pensando que ellos inmediatamente votarían en contra de la idea. Sólo un voto en contra hubiera bastado para rechazarla. Pero los profesores estaban equivocados. Los alumnos, el grupo de jóvenes rufianes más camorrones e ingobernables que la Universidad de Geneva jamás tuviera, los cuales corrían peligro la mayor parte del tiempo de ser arrestados por perturbar la paz, pensaron que el tener una chica en sus clases, sería una broma deliciosa.

"¡Una señorita entre nosotros! -gritó uno-. ¡Qué idea grande, fantástica!" Y continuó con un discurso florido remedando con inclinaciones del cuerpo y movimientos de las manos las atenciones que tendrían que dispensarle. Luego habló otro, y después otro. Cuando finalmente se llevó a la votación, sólo una voz se levantó contra Isabel. El dueño de esa voz fue inmediatamente llevado a un rincón y se lo bataneó hasta que cambió de idea. Con eso el voto fue unánime.

Jubilosos y alborozados los jóvenes les comunicaron a los profesores la importante decisión que habían

tomado.

Todo lo que Isabel supo en su primer día de clase en la escuela fue que cuando ella se aproximó a la puerta del aula oyó risas y confusión. Cuando entró, abruptamente se hizo silencio. Los jóvenes que habían estado caminando por el aula, se detuvieron, la miraron y luego se escurrieron a sus asientos. Isabel se mantuvo bien erguida, con la firme determinación de no permitir que notaran cuán asustada se sentía. El profesor le indicó su asiento. No se animó a mirar a su alrededor a los rostros que la observaban. Comenzó la disertación. Tomó notas cuidadosas ignorante de que ésa era la primera disertación que jamás se diera para esa clase que no hubiera sido interrumpida por conversaciones, bromas y el ruido de pies que se restregaban en el suelo.

Desde ese día en adelante, esa pandilla de jóvenes turbulentos cambió, de vándalos indóciles se convirtieron en caballeros estudiosos y serios. ¿Cómo podía ser? La gente de la comunidad no podía creerlo. ¿Quién era esa chica, capaz de cambiar una escuela de la noche a la mañana? Isabel a menudo levantaba la vista de sus notas para mirar a los visitantes que iban para ver a la joven que tenía la idea loca de que podría llegar a ser médico. Y se sentía aún más incómoda cuando se enteraba de que para venir y verla en las clases, habían tenido que pagarse un pasaje en el tren.

Cuando algunos años más tarde se graduó con honores, Isabel se sintió muy feliz. Tenía muchos amigos entre los profesores, los compañeros de clase y aun entre la gente que vivía en ese lugar. Las mujeres de la localidad acudieron a felicitarla y a ofrecerle su amistad.

Isabel Blackwell, la primera mujer médico, fue una de las primeras voces que se levantaron en favor del aire fresco, las ropas saludables, la alimentación adecuada, la luz del sol, el ejercicio y la educación física para las niñas. Con sólo una inteligencia promedio, pero con un empuje y una determinación extraordinarios, alcanzó el blanco que se habían propuesto su vida.